

entre sus leyes y las de Creta. Pues ¿por qué los Cretenses han degenerado antes, y mas vergonzosamente de sus instituciones, que los Esparciatas? Si no me engaño, diré aquí las causas principales.

1º. En un pais cercado de mares ó de montañas, que los separan de las naciones vecinas, cada poblacion tiene que sacrificar una parte de su libertad para conservar la otra, y á fin de protegerse mutuamente, han de reunir sus intereses en un centro comun. Hecha Esparta capital de la Laconia, por el valor de sus habitantes, ó por las instituciones de Licurgo, rara vez se suscitaron turbulencias en la provincia. Pero en Creta, las ciudades de Cnose, de Gortina, de Cidonia, de Festo, de Lictos y otras muchas, forman otras tantas repúblicas independientes, zelosas, enemigas, y siempre en estado de guerra unas con otras. Cuando hay un rompimiento entre los pueblos de Cnose y de Gortina su rival, está la isla llena de facciones; cuando están unidos está expuesta á ser subyugada.

2º. Al frente de cada una de estas repúblicas hay diez magistrados, que llaman cosmes*, que están encargados del gobierno, y mandan los

* Este nombre escrito en griego, ya *κόσμοι*, ya *κόσμοι*, puede significar Ordenadores ó Prohombres. Los autores antiguos los comparan á veces con los éforos de Lacedemonia.

ejércitos. Consultan tambien al senado, y presentan los decretos que forman de acuerdo con él, á la junta del pueblo, que tiene solamente el privilegio de confirmarlos. Esta constitucion tiene un vicio esencial, y es, que los cosmes se eligen en cierta clase de ciudadanos; y como despues de su año de ejercicio, tienen el derecho exclusivo de entrar en las plazas vacantes en el senado, sucede que apoderadas de la autoridad algunas pocas familias, se niegan á obedecer á las leyes, y reuniéndose ejercen el poder mas despótico, así como si se dividen, dan motivo á las mas crueles sediciones.

3º. Las leyes de Licurgo establecen la igualdad de bienes entre los ciudadanos, y la conservan mediante la prohibicion del comercio y de la industria; las de Creta permiten á cada uno aumentar su caudal. Las primeras prohiben toda comunicacion con las naciones extranjeras; y este gran pensamiento se habia ocultado á los legisladores de Creta. Esta isla abierta á los comerciantes y á los viajeros de todos los paises, recibió de ellos el contagio de las riquezas y del ejemplo. Parece que Licurgo fundó mas justas esperanzas en la santidad de las costumbres, que en la bondad de las leyes. ¿Y qué resultó? En ningun pais han sido tan respetadas las leyes, como lo fueron por los magistrados y ciudadanos de Esparta. Los legisladores de Creta, parece

que fiaban mas de las leyes , que de las costumbres ; que atendieron mas á castigar el delito que á evitarlo : injusticias en los gefes , y corrupcion en los particulares , fueron el resultado de sus reglamentos.

La ley del Sincretismo , que manda á todos los habitantes de la isla reunirse en el caso de que alguna potencia extrangera intente un desembarco , no es suficiente para defenderlos , ni de sus divisiones , ni de los ejércitos enemigos , porque no haria mas que suspender los odios , en lugar de apagarlos , y dejaría subsistir muchos intereses particulares en una confederacion general.

Nos hablaron de muchos cretenses que se habian distinguido cultivando la poesia ó las artes. Epiménides , que se alababa de contener la ira del cielo con ciertas ceremonias religiosas , se hizo mucho mas célebre que Mison , quien solamente fué contado en el número de los sabios.

En muchos lugares de la Grecia se conservan con respeto ciertos monumentos que se atribuyen á la mas remota antigüedad : en Queroña el cetro de Agamenon , y en otra parte la maza de Hércules y la lanza de Aquiles ; pero mi mayor deseo era descubrir en las máximas y usos de los pueblos los restos de su antigua sabiduría. Los Cretenses no mezclan jamas en sus juramentos los nombres de los dioses. Para li-

brarlos de los peligros de la elocuencia , se habia prohibido á los profesores de la oratoria el entrar en la isla ; y aunque en el día sean mas indulgentes en este punto , hablan todavía con la misma precision que los Esparciatas , y cuidan mas de los pensamientos que de las palabras.

Yo fuí testigo de una querrela entre dos enosios. El uno dijo al otro en el acceso de su ira : « ¡ojalá que vivas en mala compañía! » y se marchó. Se me dijo que era la mayor maldicion que se podia echar á un enemigo.

Hay algunos que tienen una especie de registro de los días prósperos y aciagos ; y como no cuentan la duracion de su vida sino por el cálculo de los primeros , mandan poner en sus sepulcros esta fórmula singular : « aquí yace fulano , que existió tantos años , y vivió tantos. »

Iban á salir pronto del puerto de Cnose para Samos un barco mercante y una galera de tres órdenes de remos. El primero andaba menos por su figura redonda ; pero le preferimos , porque debia tocar en las islas que queriamos ver.

Formábamos una compañía de viajeros , que no podiamos cansarnos de estar juntos. Unas veces lamiendo la costa , admirábamos la semejanza ó variedad de aspectos ; otras , menos distraídos por los objetos exteriores , tratábamos con calor algunas cuestiones , que en realidad no nos interesaban ; algunas otras , los asuntos

de literatura y de historia llenaban nuestros ratos ociosos. Un dia se habló acerca de la urgente necesidad que tenemos de hacer exteriores las fuertes conmociones que agitan nuestras almas. Uno de nosotros refirió esta reflexion del filósofo Arquitas: « si os elevan á lo alto de los cielos, « os arrebatará la grandeza y hermosura del espectáculo; mas á los trasportes de admiracion « sucederá luego el sentimiento amargo de no « poder comunicarlos con otro. » En esta conversacion recogí algunas otras cosas notables. En Persia no es permitido hablar de lo que no es permitido hacer. — Los ancianos viven mas de memorias que de esperanzas. — ¡ Cuántas veces ha engañado la esperanza del público una obra anunciada y preconizada de antemano!

Otro dia se trataba de infame al ciudadano de Atenas que dió su voto contra Aristides, porque estaba cansado de oírle llamar el justo. Yo confieso, dijo Protesilas, que en un momento de mal humor hubiera hecho lo mismo que él; pero antes hubiera dicho á la junta general: Aristides es justo, yo lo soy tanto como él, y otros lo son tanto como yo; ¿ qué derecho teneis vosotros para concederle exclusivamente un título, que es la recompensa mas noble? Sois pródigos de elogios; y estas espléndidas disipaciones no sirven mas que para corromper las virtudes ruidosas, y para desanimar á las oscuras. Yo estimo

á Aristides, y le condeno; no porque le crea culpado, sino porque á fuerza de humillarme, me habeis obligado á ser injusto.

Despues se trató de Timon, llamado el Misántropo, y cuya historia está ligada en cierto modo con la de las costumbres. Ninguno de la compañía le habia conocido; todos habian oido hablar de él á sus padres de diversos modos. Unos hacian de él una pintura ventajosa; y otros la hacian con los mas negros colores. En medio de estas contradicciones se presentó un formulario de acusacion semejante á los que se presentaban en los tribunales de Atenas, concebido en estos términos: « Estratónico acusa á Timon « de haber aborrecido á los hombres: por pena, « el odio de todos los hombres. » Se admitió la acusacion, y se nombró á Filotas por defensor de Timon. Voy á hacer un extracto de las pruebas dadas por una y otra parte.

Acuso ante vuestro tribunal, dijo Estratónico, á un hombre de un caracter feroz y pérfido. Habiendo pagado á Timon, segun se dice, algunos amigos suyos con ingraticudes los beneficios, se hizo para él objeto de venganza todo el género humano, y la practicaba continuamente contra las operaciones del gobierno, y contra las acciones de los particulares. Como si todas las virtudes debiesen morir con él, no vió sobre la tierra mas que imposturas y crímenes, y desde

este momento le irritó la urbanidad de los Atenieses, y le lisonjeó mas su desprecio que su estimacion. Aristófanes, que sabia lo que era, nos le representa como rodeado de un cerco de espinas, que no dejan á nadie acercarse á él; añadiendo, que todos le detestaban, y que se le miraba como un retoño de las Furias.

No bastaba esto todavía, sino que ha sido aleroso con su patria, y doy la prueba. Acabada Alcibiades de hacer aprobar en la junta general ciertos proyectos perjudiciales al Estado: «ánimo, hijo mio, le dijo Timon; te doy la enhorabuena de tus sucesos felices: continúa, y tú perderás la república.» ¡Qué horror! ¿y quién se atreverá á defender á este hombre?

La suerte puso á mi cargo ese cuidado, respondió Filotas, y voy á cumplir con él. Notemos primeramente el efecto que produjeron las palabras de Timon en el gran número de atenienses que acompañaban á Alcibiades. Es verdad que algunos le llenaron de injurias, pero otros tomaron el partido de reir; y para los mas ilustrados fueron aquellas como un rayo de luz. Así, Timon previó el peligro, avisó de él, y no fué oido. Para denigrarle mas, habeis citado á Aristófanes, sin echar de ver que su testimonio basta para justificar al acusado. «Este es aquel Timon, dice el poeta, este es aquel hombre execrable «é hijo de las Furias, que vomita continuamente

«maldiciones contra los malvados.» Lo ois, Estratónico; Timon no fué culpable mas que por haberse declarado contra los perversos.

Timon vivió en un tiempo en que las costumbres antiguas luchaban con las pasiones coligadas para destruirlas. Este es un momento terrible para un Estado: entonces es cuando en los caracteres débiles y amantes del reposo son indulgentes las virtudes, y se acomodan á las circunstancias; cuando redoblan su severidad en los caracteres vigorosos, y se hacen á veces odiosos por su inflexible rigidez. Timon reunia mucho ingenio y honradez á las luces de la filosofia; pero irritado acaso por la desgracia, acaso por los rápidos progresos de la corrupcion, dió tanta acrimonia á sus discursos y aun á sus modales, que enagenó todos los ánimos. Combatia por la misma causa que Sócrates, que vivia en su tiempo, y por la misma que Diógenes, con quien se le atribuyen bastantes relaciones. El destino de ellos ha dependido de sus diferentes modos de atacar. Diógenes combate los vicios con el ridiculo, y nos reimos con él; Sócrates los persiguió con las armas de la razon, y le costó la vida; Timon con las del mal humor, con lo que dejó de ser peligroso, y fué tratado de Misántropo, expresion nueva entonces, que acabó de desacreditarle para con la muchedumbre, y acaso le perderá para con la posteridad.

Yo no puedo creer que Timon haya envuelto á todo el género humano en su censura. El amaba las mugeres.—No, replicó Estratónico; no supo lo que era amor, pues no supo lo que era amistad. Acordaos de lo que dijo á aquel ateniense, á quien parecia tenerle cariño; y que habiéndole dicho en un convite que tuvo familiarmente con él, « ¡ó Timon, qué agradable comida! » no le dió por respuesta otra que este ultraje: « sí; si vos no hubierais estado en ella. »

Acaso eso no fué mas que un donaire, nacido de las circunstancias, respondió Filotas. No juzgueis á Timon por débiles rumores, divulgados por sus enemigos, sino por aquellas efusiones del corazón, que le arrancaba la indignacion de su virtud, y cuya originalidad nunca puede desagradar á las gentes de gusto, haciéndoos cargo de que las prontitudes del mal humor de un hombre que llega muy allá en el amor del bien público, son picantes, porque explican todo su caracter. Subió un dia á la tribuna; y sorprendido el pueblo de esta aparicion repentina, guardó un silencio grande: « Atenienses, dijo « él, yo tengo un corto terreno, y voy á levantar « en él una casa. Hay en él una higuera, la que « es preciso arrancar. De ella se han ahorcado « muchos ciudadanos; con que si alguno de vosotros quiere hacer lo mismo, debo advertirle « que no pierda tiempo. »

Estratónico, que no sabia esta anécdota, quedó tan satisfecho, que desistió de la acusacion. Sin embargo se pasó á votar; y se decidió que Timon habia perdido la ocasion de contribuir al bien de la moral, por lo amargo de su celo; que sin embargo, una virtud intratable era menos peligrosa que una cobarde complacencia; y que si la mayor parte de los Atenienses hubieran mirado á los malvados con el mismo horror que Timon, aun duraria la república en su antiguo esplendor.

Despues de este juicio, no faltó quien se admirase de que los Griegos no hubiesen erigido templos á la amistad. Mas me admira á mí, dijo Lisis, de que nunca los hayan erigido al amor. ¿Qué! ¿no ha de haber fiestas ni sacrificios para el mas antiguo de los dioses? Con esto se abrió una carrera inmensa que se anduvo muchas veces. Se hizo relacion de las tradiciones antiguas, y opiniones modernas sobre la naturaleza del amor. No se reconocia mas que uno, y se distinguian muchos; no se admitian mas de dos, uno celestial y puro, otro terreno y grosero. Dábase este nombre al principio que ordenó las partes de la materia agitadas en el caos, á la armonia que reina en el universo, y á los sentimientos que reunen los hombres. Cansado yo de tanto saber, y de tantas oscuridades, supliqué á los combatientes que redujesen la cuestion á un punto

único. ¿Mirais al amor, dije yo, como á un dios? No, respondió Estratónico; sino como á un pobre pordiosero. Empezaba á explicar su pensamiento, cuando se apoderó de él un espanto mortal, dimanado de que soplaba el viento con tal violencia, que nuestro piloto apuraba inútilmente todos los recursos de su arte. Lisis, á quien Estratónico no había dejado de importunar con sus preguntas, se aprovechó de este momento para preguntarle cuáles eran las naves en que hay menos peligro, las redondas, ó las largas. Las que están en tierra, respondió él. Pronto se cumplieron sus deseos, pues un viento recio nos arrojó al puerto de Cos. Saltamos en tierra, y se puso la nave en seco.

Esta isla es chica, pero muy hermosa. El terreno es muy llano y muy fecundo, á excepcion de algunos montes que le libertan de los vientos impetuosos del mediodia. Habiendo arruinado un terremoto una parte de la ciudad antigua, y hallándose los habitantes despues divididos en facciones, vinieron los mas de ellos hace algunos años á establecerse al pie de un promontorio, á cuarenta estadios * del continente del Asia. No hay cosa mas bella que las vistas de este sitio, nada tan magnifico como el puerto,

* Cerca de legua y media: (algo mas de legua y cuarto de España.)

los muros y lo interior de la ciudad. El célebre templo de Esculapio, situado en el arrabal, está cubierto de ofrendas, tributo del agradecimiento de los enfermos; y de inscripciones que indican, tanto los males que habian padecido, quanto los remedios con que se habian curado.

Otro objeto mas noble llamó nuestra atencion. En esta isla fué donde nació Hipócrates en el año primero de la olimpiada ochenta *. Era de la familia de los Asclepiades, que desde muchos siglos antes conservaba la doctrina de Esculapio, de quien ella se decia descendiente. Esta formó tres escuelas, establecidas una en Rodas, otra en Gnido, y otra en Cos. Recibió de su padre Heráclides los principios de las ciencias; y convencido luego que para conocer la esencia de cada cuerpo en particular, era preciso conocer los principios constitutivos del universo, se aplicó tanto á la fisica general, que ocupa un lugar distinguido entre los mas sobresalientes.

Los intereses de la medicina se hallaban entonces entre las manos de dos clases de hombres, que sin saber unos de otros, trabajaban en proporcionarle un triunfo brillante. Por una parte los filósofos no podian tratar del sistema general de la naturaleza, sin echar algunas miradas sobre el cuerpo humano, y sin atribuir á ciertas

* El año 460 antes de J.

causas las frecuentes vicisitudes que experimenta : por otra , los descendientes de Esculapio trataban las enfermedades segun ciertas reglas confirmadas con curas numerosas , y sus tres escuelas se daban el parabien de muchos y excelentes descubrimientos. Los filósofos discurrían , y los Asclepiades obraban. Enricado Hipócrates con los conocimientos de unos y otros , concibió una de aquellas grandes é importantes ideas , que sirven de época á la historia del entendimiento ; y fué ilustrar la experiencia con el raciocinio , y rectificar la teoria con la práctica. Sin embargo , no admitió en esta teoria mas principios que los relativos á los diversos fenómenos que ofrece el cuerpo humano , considerado en sus relaciones de enfermedad y salud.

Elevada el arte con este método á la dignidad de ciencia , marchaba con paso firme por el camino que se acababa de abrir ; é Hipócrates llevó pacíficamente á complemento una revolucion que mudó el semblante de la medicina. No me detendré ni en los felices ensayos de sus nuevos remedios , ni en los prodigios que obraron en todas las partes que honró con su presencia , y principalmente en Tesalia , en donde despues de una larga mansion , murió poco tiempo antes de mi llegada á Grecia. Solo diré , que ni el amor de la ganancia , ni el deseo de la fama le habian conducido á estos climas remotos. En todo cuanto

me han contado de él , he descubierto que en su alma no habia mas de un sentimiento , que era el amor del bien ; ni en el curso de su larga vida mas que un hecho , el alivio de los enfermos.

Dejó escritas muchas obras ; unas no son mas que diarios de las enfermedades que habia observado ; otras contienen los resultados de su experiencia y de la de los siglos anteriores ; otras en fin tratan de los deberes de un médico y de muchas partes de la medicina ó de la fisica ; todas se deben meditar con atencion , porque el autor se contenta muchas veces con sembrar las semillas de su doctrina , y su estilo es siempre conciso ; pero dice muchas cosas en pocas palabras , nunca se aparta de su fin , y mientras llega á él , deja en el camino vestigios luminosos mas ó menos notables , segun el lector es mas ó menos ilustrado. Este era el método de los antiguos filósofos , mas deseosos de indicar ideas nuevas , que de inculcarse sobre las comunes.

Este hombre grande se ha pintado en sus escritos. No hay cosa mas tierna que aquel candor con que cuenta sus desgracias y sus yerros. En una parte leereis las listas de los enfermos á quienes habia asistido en una epidemia , y cuya mayor parte habia muerto en sus brazos. En otra le vereis al lado de un tesalo herido en la cabeza con una piedra. Al principio no le ocurrió que

era necesario recurrir al medio del trépano. Los síntomas funestos le advirtieron por fin su error. Se hizo la operación á los quince días, y el enfermo murió al siguiente. El mismo nos confiesa estos yerros, y él es el que, superior á toda especie de amor propio, quiso que sus mismos errores sirviesen de lección.

Poco satisfecho con haber consagrado su vida al alivio de los enfermos, y dejado en sus escritos los principios de una ciencia, que habia creado, dejó para la institucion del médico las reglas de que voy á dar una idea ligera.

La vida es tan corta, y nuestra ciencia exige un estudio tan largo, que es preciso empezar á aprenderle desde la primera juventud. ¿Quereis formar un discípulo? Aseguraos lentamente de su vocacion. Si ha recibido de la naturaleza un discernimiento fino, un juicio sano, un caracter dulce, y al mismo tiempo firme, aficion al trabajo, é inclinacion á las cosas buenas, podeis concebir esperanzas. Si padece cuando los demas padecen: si se enternece su alma compasiva al ver los males de la humanidad, podeis inferir que tomará pasion á un arte que enseña á socorrer á la humanidad.

Acostumbrad desde el principio sus manos á las operaciones de la cirugía*, exceptuando las

* Estas eran entonces parte de la medicina.

amputaciones, que se deben dejar á los artistas de profesion. Hacedle recorrer sucesivamente el círculo de las ciencias; que la física le pruebe la influencia del clima sobre el cuerpo humano; y cuando para aumentar sus conocimientos, tenga por conveniente viajar á diferentes ciudades, aconsejadle que observe escrupulosamente la situacion de los lugares, las variaciones del aire, las aguas que se beben, los alimentos que hay; en una palabra, todas las causas que alteran la economía animal.

Entre tanto, le mostrareis las señales precursoras de las enfermedades, qué régimen se debe tener para evitarlas, y qué remedios se han de aplicar para curarlas.

Cuando esté ya instruido en vuestros dogmas, declarados en conferencias metódicas, y reducidos por vuestros cuidados á máximas cortas, y propias para imprimirse en la memoria, será preciso advertirle, que la experiencia sola es menos peligrosa que la especulativa sin experiencia; que ya es tiempo de aplicar los principios generales á los casos particulares, los que variando sin cesar, han solido extraviar á los médicos por semejanzas engañosas; que el arte de preguntar á la naturaleza, y el de esperar su respuesta, que es mas difícil todavía, no se aprende, ni en el polvo de la escuela, ni en las obras de los filósofos y prácticos. Aun no conoce

el discípulo esta naturaleza; pues solo la ha considerado hasta aquí en su vigor, y caminando á sus fines sin obstáculo. Llevadle ahora á aquellas mansiones del dolor, donde cubierta de las sombras de la muerte, expuesta á los ataques violentos del enemigo, cayendo y levantándose para volver á caer, manifiesta al observador sus necesidades y sus recursos. Testigo de este combate, y espantado de verle, el discípulo os verá observar y aprovechar el momento, que puede fijar la victoria, y decidir de la vida del enfermo. Si dejais por algunos instantes el campo de batalla, le mandareis quedarse en él, observar lo todo, y daros despues cuenta, ya de las mudanzas ocurridas en vuestra ausencia, ya del modo con que él creyó que debia acudir á remediarlas.

Obligándole á asistir frecuentemente á estos espectáculos terribles é instructivos, le iniciareis todo lo posible en los intimos secretos de la naturaleza y del arte. Mas no basta esto. Cuando por un corto salario le adoptasteis por discípulo, juró conservar una pureza inalterable en sus costumbres y en sus funciones. Que no se contente con haber hecho el juramento; porque jamas cumplirá con las obligaciones de su estado, sin sus virtudes. ¿Y cuáles son estas? Casi ninguna exceptúo, porque el honor de su ministerio está en que exige casi todas las prendas

del alma y del corazon. En efecto, si no hay confianza en su juicio y prudencia, ¿qué padre de familia le llamará sin temor de introducir en su casa un espía ó un intrigante, ó un corruptor de su muger é hijas? ¿Cómo se contará con su humanidad, si se acerca á sus enfermos con una alegría irritante, ó con un humor áspero y sombrío; con su firmeza, si por una adulacion servil, contemporiza con su repugnancia, y cede á sus caprichos; con su prudencia, si ocupado siempre en el adorno de su persona, cubierto siempre con aguas de olor y vestidos magníficos, se le ve andar de ciudad en ciudad, para recitar discursos en honor de su arte, empedrados con testimonios de poetas; con sus luces, si además de aquella justicia general que el hombre bien criado observa con todos, no posee la que el sabio hace consigo mismo, y que le enseña que en medio del mayor saber, se halla aun mas esterilidad que abundancia; con sus intenciones, si le domina un loco orgullo, ó aquella rastrera envidia, que nunca fué el patrimonio del hombre superior; si sacrificando todas la consideraciones á su interes, se entrega solamente al servicio de los ricos; si autorizado por la costumbre á arreglar sus honorarios desde el principio de la enfermedad, se obstina en concluir el ajuste, aunque el enfermo empeore á cada momento?

Estos vicios y defectos caracterizan principalmente á esos hombres ignorantes y presuntuosos que llenan la Grecia, y degradan la mas noble de las artes, haciendo un tráfico con la vida y la muerte de los hombres; impostores tanto mas perjudiciales, quanto menos pueden perseguirlos las leyes, y humillarlos la ignominia.

¿Quién es pues el médico que honra su profesion? El que mereció la estimacion pública por su profundo saber, larga experiencia, probidad exacta, y vida irreprochable; aquel que mirando á todos los hombres como iguales á los ojos de la divinidad, corre apresurado á su voz, sin aceptacion de personas, les habla con dulzura, les oye con atencion, sufre sus impaciencias, y les inspira aquella confianza que basta á veces para darles la vida; aquel, que penetrado de sus males, estudia con obstinacion sus causas y sus progresos, no se turba con los accidentes imprevistos, se cree obligado á llamar en caso necesario algunos de sus compañeros, para aconsejarse de ellos; aquel en fin, que despues de haber luchado con todas sus fuerzas contra la enfermedad, se tiene por feliz, y es modesto en el buen éxito, y á lo menos puede felicitarle en los reveses, de que suspendió los dolores, y dió consuelos.

Tal es el médico filósofo que Hipócrates compara á un dios, sin echar de ver que se pintaba

á sí mismo. Algunas gentes, que por la excelencia de su mérito, eran á propósito para reconocer la superioridad del de Hipócrates, me han asegurado muchas veces, que los médicos le miraron siempre como el primero y el mas sabio de sus legisladores; y que su doctrina, adoptada por todas las naciones, obrará todavía millares de curas, despues de millares de años. Si se cumple la prediccion, no podrán los mas vastos imperios disputar á la isleta de Cos la gloria de haber dado el hombre mas util á la humanidad; y á los ojos de los sabios, se abatirán los nombres de los grandes conquistadores delante del de Hipócrates. Despues de ver algunas islas, de las que hay en las inmediaciones de Cos, salimos para Samos.

